

# La inocencia

Francisco López Serrano<sup>1</sup>



**T**ras un sueño apacible, Alberto Antúnez, procurador de los Tribunales de Madrid, se despierta transformado en un niño de pecho. Se encuentra acostado sobre una cuna en una habitación en penumbra y al levantar la vista ve el rostro de una joven mujer que lo contemplaba enternecida.

“¿Qué me está ocurriendo?”, piensa.

Aquella, desde luego, no es su habitación habitual ni ninguna de las habitaciones de su casa, ni siquiera la destinada a su hijo de doce meses. Tampoco guarda semejanza con ninguna de las habitaciones de su infancia que él recuerde. Ni la mujer que lo mira embelesada es su madre ni se parece a ella.

“¿Estaré soñando”, se dice, “o seré víctima de una regresión o tal vez de una reencarnación? Pero qué digo, sin duda se trata de un sueño”.

La mujer se inclina hacia él con los brazos extendidos y lo toma en ellos. Siente que es alzado de la cuna y puede observar la habitación con más perspectiva. Se trata de una pieza limpia, decorada con gusto, bien ventilada y con todo el confort de una casa acomodada. Si se ha reencarnado, no cabe duda de que lo ha hecho en el seno de una familia propicia, concluye tratando de contrarrestar su perplejidad con un pensamiento animoso.

La mujer se sienta con él en brazos y lo sostiene en su regazo. Él siente la tibieza de su cuerpo y el delicado olor que emanaba de su piel. Ella se desabrocha la blusa y acerca la cabeza del bebé hacia su blanco y tibio pecho. Alberto Antúnez nota la suavidad y el calor del seno y de inmediato, de una forma instintiva y sin la menor consideración u oposición por parte de su conciencia perfectamente adulta, se amorra a él. El acto de mamar le produce una efusión de calor interior y nota en la entrepierna el cosquilleo familiar de una erección. Le invade un sentimiento de incomodidad, pero piensa que un bebé no se plantearía la menor objeción moral ante aquella respuesta natural sino que la aceptaría con naturalidad, y como tiene hambre, deja que la bestezuela instintiva que al parecer es en el sueño siga succionando con deleite. Tras mamar extasiado durante largo rato, advierte que el calor de la leche tibia le va sumiendo poco a poco en un dulce sopor, y antes de quedarse dormido, piensa que cuando despierte desvelado por el sonido de la alarma, volverá a ser de nuevo Alberto Antúnez, procurador de Tribunales. Como todas las mañanas, su esposa le mirará con ojos soñolientos y esa mezcla de afabilidad y tedio que sólo la sinceridad indefensa y desnuda del despertar deja traslucir en el rostro de las parejas ya rodadas, y él, si es que lo recuerda, le referirá su curioso sueño, y es posible que ambos se rían y esa evocación contribuya a hacerles empezar la jornada con buen ánimo. Quizás ella, medio en broma, haga algún tópico comentario freudiano relativo a las carencias que

1. Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXIV “Concurso de Cuentos Villa de Errenteria” organizado por Ereintza Elkar-tea, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria. El jurado estuvo formado por: Antonio Obeso Pérez de Calleja, José Antonio Pérez Aguirre, Ezequiel Seminario, Miguel Harina, presidido por Raúl Guerra Garrido.

tan extraño sueño deja vislumbrar. Desayunarán en la cocina inundada de luz y aroma de café. Luego ella se irá a su consulta, y él marchará a su oficina tras recibir a la niñera y depositar un beso paternal en la delicada frente de su hijo. Y esa curiosa experiencia ya no será, en medio del ajeteo y los afanes del día, más que una vaga sensación de suavidad y de tibieza entre dos sueños.

Se despierta con un intenso dolor y una fuerte opresión en el pecho y piensa que está sufriendo un ataque cardíaco. La habitación se halla a oscuras. Hace ademán de volverse para despertar a su esposa y pedir auxilio, pero topa con lo que le parecen los rígidos barrotes de una jaula. El dolor se intensifica hasta el punto de volverse insoportable. Intenta gritar, pero de su boca tan sólo escapa un llanto agudo con una intensa vibración similar a un balido que le produce una gran irritación. La habitación se ilumina de pronto y puede comprobar que sigue en el cuarto infantil de su anterior despertar. Esta vez aparece ante su cuna un tipo en pijama con aire desvalido, alguien a quien, frente a él como rival en los tribunales, hubiera considerado al primer vistazo una pera en dulce. Lleva abrochados los botones del pijama en los ojales incorrectos y su rostro, que muestra una visible contrariedad, se halla amodorrado por el sueño. ¿En qué podrá ganarse la vida ese bragazas que se supone su padre?, llega a pensar de forma un tanto absurda siguiéndole la corriente a aquel extraño sueño pertinaz y autoconsciente en el que al parecer se halla envuelto y al que la muerte sin duda está a punto de tomar el relevo. Pero tal vez aquel individuo, se dice aún entre dos estertores, no sea su progenitor sino un ocasional amante de su madre soltera. Pese a sus firmes convicciones morales casi desea que así sea. Y al fin y al cabo, concluye, que se me da a mí de esta gente.

El hombre le habla y le pregunta qué le ocurre con una entonación afectada llena de diminutivos y arrumacos en la que se advierte una manifiesta incomodidad. Alberto Antúnez trata de hacerle una detallada exposición de sus síntomas y de todo cuanto le aflige, incluida la situación de malentendido o error natural en el que se ve inmerso, pero lo único que consigue exhalar por su boca es ese insoportable balido caprino que le irrita hasta la desesperación. Siente cada vez con más intensidad el dolor y la opresión del pecho. Cree que va a morir

en ese mismo instante. De pronto aparece la mujer de su anterior despertar vestida con un atrevido salto de cama. Se dirige primero en tono recriminatorio al hombre del pijama que, rápidamente, sale de escena. Luego se inclina sobre la cuna dejándole ver sus hinchados y turgentes senos y oler de nuevo aquel perfume delicado que le infunde una extraña sensación de calma. Lo toma en sus brazos, coloca la mano sobre su espalda y lo reclina amorosamente en su hombro mientras susurra palabras dulces y tranquilizadoras. Alberto Antúnez nota cómo su dolor, hasta ese momento circunscrito a la zona del pecho, se torna de repente errático y, adoptando la forma de una oleada de fuego, se endereza hacia su boca por la que escapa como un espíritu maligno ahuyentado por un exorcismo. El dolor y la sensación de opresión han desaparecido por completo. La mujer lo deposita de nuevo en la cuna, besa su frente, apaga la luz y sale de la habitación. Alberto Antúnez, con una sensación de inmensa gratitud, se queda dormido pensando que quizás la próxima vez despertará.

Le despierta un intenso y desagradable olor y una irritante sensación de humedad entre las piernas. De nuevo aparece ella, le desprende del pañal amorosamente y le limpia con un cuidado y delicadeza extremos. Le aplica luego cremas, talco y agua de colonia cuya frescura le infunde una agradable sensación de bienestar. Y tras darle un beso estridente y dispensarle mil carantoñas y arrumacos, sale y le deja solo y, al menos en lo que al cuerpo hace, sosegado.

A estas alturas a Alberto Antúnez ya no le cabe duda de que se ha reencarnado. Pero si aquello es cierto, necesariamente tiene que haber muerto. Mas ¿debe lamentar tal circunstancia si conserva la memoria de su vida anterior? Por algún motivo extraño, no más extraño que el hecho mismo de la reencarnación, guarda intactos los recuerdos de su anterior existencia excepto el momento de su muerte, si es que ésta se ha producido ¿Es eso lo habitual en una reencarnación? Por lo que él sabe sobre el fenómeno, del que por cierto siempre ha descreído, los seres que se reencarnan, según las culturas y religiones que aceptan tales supercherías, no guardan memoria de su vida anterior. Él sin embargo la conserva. Desde su cuna de bebé puede rememorar el último litigio en el que ha representado ante los tribunales a una

compañía inmobiliaria. Recuerda todos los puntos de la demanda que ha redactado el día anterior, los hechos, los fundamentos de derecho, los suplidos. De haberse reencarnado conservando su memoria, lo que en apariencia supone un fallo en los fundamentos y postulados de la reencarnación, tal vez pueda con el tiempo recuperar a su anterior familia. Se imagina en un futuro no muy lejano buscando a su hijo, que necesariamente habrá de llevarle casi un año de edad, y a su esposa que, cuando él tenga la suficiente independencia y capacidad de maniobra para dedicarse a buscarla, tendrá, según sus cálculos, unos cuarenta y cinco años, tratando de explicarles que el niño o adolescente que se encuentra ante ellos es la reencarnación de su esposo y padre muertos, y, ante la perplejidad horrorizada y la prevención de ambos, recordándoles detalles de su vida que sólo él puede conocer. ¿Pero de qué servirá al cabo todo aquello? ¿Acaso no vendrá a complicar sus vidas una revelación que por otra parte se asemeja demasiado al desenlace de un determinado tipo de películas fácilmente emotivas que detesta? Además, quizás se haya reencarnado en un rincón distante del planeta o incluso en otro mundo o galaxia o tal vez en otra dimensión en donde no exista rastro de cuanto ha conocido en su otra vida, pues si se da por hecho que la reencarnación existe, y dado su caso tiene serios motivos para creerlo, ¿por qué pensar que ésta se ciñe a condicionamientos de espacio-tiempo, amén de a una rigurosa cronología, y no suponerle la capacidad de desafiar la aparente irreversibilidad temporal y acontecer en un pasado arcaico o en un futuro remoto? Pero la mujer que al parecer le ha correspondido como madre en su nueva existencia es blanca, joven y bastante guapa, viste de un modo perfectamente contemporáneo con los usos de su existencia anterior y le habla con dulzura en un castellano neutro y refinado. Alberto Antúnez intenta hablarle a su vez, hacerle saber, con palabras comedidas y prudentes, el malentendido del que el mundo y ellos dos en particular están siendo objeto, pero de su boca tan solo sale un balbuceo confuso y cantarín que ella, más que escuchar, bebe con una sonrisa extasiada en los labios.

En cualquier caso, prosigue entregándose resignado a sus reflexiones y a sus vagos planes de futuro, si sus recuerdos anteriores se mantienen intactos sin sufrir la menor merma durante su

desarrollo y crecimiento, siempre podrá pleitear en cuanto adquiera el uso de la palabra. Seré, se dice, un fenómeno de precocidad. A los pocos meses, en cuanto mi lengua y mis cuerdas vocales maduren para el habla, sabré leer y escribir, recitaré el Aranzadi de corrido, causaré sorpresa en los estrados; seré, en definitiva, como Jesús niño ante los doctores de la Ley, un prodigio de sabiduría y elocuencia, mas no a los doce años como él sino a los doce meses.

Pero enseguida pasa de su moderada euforia a la consternación. Soy un adulto enclaustrado en el cuerpo de un niño, reflexiona con tristeza, a los seis meses miraré a las mujeres con lascivia si es que no lo hago ya cuando miro a esta que sin duda es mi madre. Soy un bebé, pero no soy inocente. ¿Qué tipo de monstruo soy? ¿Habrá o habrá habido en el mundo otros como yo? Supuesta la verdad de la transmigración del alma o del espíritu o de lo que quiera que sea aquello que aún permanece en él, acaso todos los seres al reencarnarse arrastren los recuerdos de su vida anterior durante algún tiempo y luego los arrojen como un lastre al desarrollar su nueva personalidad, y todas las ilusionadas madres abracen, besen y acaricien sin saberlo a individuos que las miran con recelo, extrañeza, deseo u odio. Quizás ya pasé por esta experiencia cuando Alberto Antúnez, mi anterior reencarnación, era un bebé. Y así, todos los recién nacidos tengan una experiencia similar a la mía y luego la olviden. Si pudiera comunicarla, si me fuera dado escribirla de algún modo, cuántos mitos sobre la Edad de Oro caerían si fuera posible un conocimiento objetivo de lo que, con conciencia conservada o sin ella, en realidad son las infancias: encantados castillos de papel que la falsa nostalgia construye sobre la angustia y el horror. Ningún bebé podría ser inocente sino seres que arrastran, en secreto, desde el silencio y la incapacidad de obrar, todos los vicios y pasiones de su vida anterior; seres capaces de traicionar con el pensamiento y de matar con él, de amar, de odiar, de desear a sus padres con lascivia, de planear venganzas, de aborrecer el mundo, de abominar de Dios. Quizás en este momento todos los bebés de la tierra, desde su lucidez enclaustrada y conscientes de su impotencia, rían con una carcajada diabólica, con una risa que sus tiernas y candorosas bocas sólo pueden expresar en la forma de un manso e inocente balido a los ojos y oídos enternecidos de sus deudos.

De pronto una duda le asalta: si se ha reencarnado, ¿cómo no guarda la memoria de su vida actual desde el primer momento de su nacimiento? ¿Por qué ha tomado conciencia de su situación de repente? ¿Será aquello una reminiscencia temporal que tal como ha llegado se irá? ¿Qué edad puede tener? ¿Diez días? ¿Dos meses? Lo poco que logra percibir de sí mismo no le proporciona una información precisa, pero de lo que no tiene la menor duda es de que no acababa de llegar al mundo. ¿Dónde ha estado la conciencia de Alberto Antúnez durante todo ese tiempo?

La mujer se acerca de nuevo, lo toma en sus brazos y lo acuna con ternura mientras canturrea una nana.

—Si supieras —dice Antúnez en su incomprensible lengua de niño de pecho— qué monstruo estrechas en tus brazos, qué serpiente amamantas.

¿Pero por qué pienso así, por qué digo tales cosas?, se dice turbado. ¿Aunque implacable en mi profesión, acaso no he sido un marido y un padre cariñoso y amable para mi mujer y mi hijo? Al hilo de esta evocación, trata de recordar el nombre de su esposa y advierte que le es imposible. Comprueba que también ha olvidado el nombre de su hijo. Y sabe que, tal como ha temido, el proceso de desaparición de la memoria de Alberto Antúnez ha comenzado y que está asistiendo impotente a su propia desintegración. Todos los recuerdos de su vida anterior, toda su memoria, se van borrando de su mente con rapidez. Las reminiscencias que guarda desaparecen mientras intenta aferrarse a ellas con desesperación. ¿Vivirían todos los niños de pecho aquella agonía?

Ella lo eleva en el aire y comienza a morderle la tripa y a hacer estallar en ella besos húmedos y sonoros cuya vibración le provoca un intenso cosquilleo que le hace reír con ese timbre que detesta. Hay un momento en que la mujer lo mantiene en el aire y lo mira fijamente a los ojos con el rostro lleno de gravedad, como si reparara de repente en algo extraño.

Parece angustiada, piensa Alberto Antúnez, tal vez de algún modo alcance a vislumbrar mi desesperación, quizás todos los niños de pecho, unos con tristeza, otros con perfidia, hayan pedido a sus

madres en aquellos momentos que miraran en su interior, que contemplaran al ser cautivo que agonizaba en ellos.

Hace un esfuerzo doloroso por conservar aún sus recuerdos y dirige los ojos hacia el rostro afaible y repentinamente serio que lo mira con fijeza y preocupación.

¿Será capaz de leer en mis ojos, de ver en ellos mi tormento? ¡Mírame! —grita Antúnez— Contempla en mis ojos el horror, compadécete de este ser agonizante que te mira desde la tumba donde ha de acabar enterrado, desde una tumba hecha con la carne leve de un niño.

Pero ella vuelve a sonreír con un destello de inmensa satisfacción y ternura en el rostro, lo acerca hacia sí y amorosamente lo sepulta en sus brazos.

